

El centenario del

Tractatus de Wittgenstein

Esteban A. Gasson Lara*



Este año se cumple un centenario de la publicación original del *Logisch-philosophische Abhandlung* –Tratado lógico-filosófico–, mejor conocido como el *Tractatus*

de Ludwig Wittgenstein. Obra extremadamente breve y densa que aparecía después de muchas peripecias personales, pues su autor batalló para que pudiera ser publicada y después de varios intentos fallidos, cuando ya estaba a punto de desistir en su empeño, al fin se abrió la puerta en lo que sería el último número de la revista *Annalen der Naturphilosophie*, esto en el año de 1921. Desafortunadamente, su impresión contenía

una gran cantidad de errores editoriales, pues la imprenta no poseía las fuentes lógicas que se requerían. Y una vez que su autor la examinó, la consideró como una edición pirata por todos los dislates y errores que presentaba. Posteriormente, y un año después, gracias a la intervención de Bertrand Russell aparecería en una edición inglesa con las fuentes que merecía y en una publicación bilingüe alemán-inglés. Su aparición vendría a marcar todo un hito para el pensamiento occidental al pasar a convertirse en uno de los clásicos filosóficos del siglo XX.

De cualquier manera, la aparición de esta obra en un suelo lingüístico y filosófico que no era el mundo austroalemán del autor acarrearía toda una serie de consecuencias nefastas para su correcta interpretación.

* Profesor retirado de la Universidad Autónoma de Chihuahua.

Fecha de
recepción:

2022-06-26

Fecha de
aceptación:

2022-08-10

DO
SSI
ER

70

La traducción de la misma por parte de Odgen, y luego seguida de otras, hacía un malabarismo con la terminología germana porque mucho de lo que dice su lengua original permanece irreconocible en la lengua inglesa de llegada. Convirtiendo a la traducción, de cualquier manera, en el centro de su interpretación y análisis del pensamiento contenido en el *Tractatus* al dejar de lado a su lenguaje alemán, al que rara o esporádicamente se le presta atención. Lo que ha originado y causado toda una gama de malinterpretaciones y prestidigitaciones filosóficas que llevan a caracterizaciones completamente ajenas a los contenidos y metas del texto. Se ha deformado y encerrado como si fuera una obra exclusivamente lógica, delimitación errada debido a que aparentemente presenta, gracias a su manejo y discusión de las concepciones logicistas de Russell y Frege, pero que, en realidad, son sometidas a un examen feroz, sistemático y despiadado, ya que las destruye por completo.

El *Tractatus* es así una crítica devastadora precisamente de ese modo exegético, ya que Wittgenstein demuele a la teoría de los tipos al señalar que en la conceptualización o la gramática no existen jerarquías terminológicas. Circunstancia que se ve asimismo reflejada en su correlato empírico porque tampoco podemos encontrar en el mundo empírico esas jerarquías o estructuras ontológicas que supuestamente dominan la naturaleza. Además, la teoría de la identidad y la teoría pictórica que le quieren endosar carecen

de sustento debido a una serie de confusiones conceptuales y ontológicas. En primera instancia porque el lenguaje no es una calca idéntica a la realidad, ya que la identidad sólo se da entre signos o símbolos y no entre signos y palabras –estados de cosas–. Ahora, la relación entre lenguaje y mundo la hacemos nosotros, no una teoría semántica objetiva e independiente de los sujetos cognoscente como lo que quiere estipular el logicismo, porque esto no es más que una fantasía. Tampoco existe esa quimera que manejaban de un lenguaje perfecto, absoluto e independiente que suponía era la lógica formal, ya que en realidad la lógica es tan sólo una parte del lenguaje común y corriente. Y consecuentemente ésta es una porción de su gramática o sintaxis. Entonces, como decía Mauthner, si Aristóteles hubiera hablado dakota o chino su lógica vendría estipulada con la gramática de alguna de esas lenguas y no la helena. Pensar de otra forma es sostener un dogma teológico, puesto que no existe ningún lenguaje absoluto o divinidad lógica.

Crítica y hecatombe que se han negado a aceptar los analíticos y los han llevado a tratar, por un lado, de reducir al pensamiento de Wittgenstein a los patrones lógico-epistemológicos por ellos detentados y esperados, aunque todos sus esfuerzos se han visto frustrados, por lo cual, sus empeños han sido fútiles e ineptos tal como lo muestran 100 años de incompetencia, pues hasta ahora no han podido calzar al *Tractatus* a sus moldes. Por otro

lado, uno se pregunta cómo puede utilizar una metodología logicista para tratar de interpretarlo, cuando precisamente el texto bajo escrutinio hace una demolición de semejante proceder. Esto a pesar de la gran precisión e incisión filosófica que presenta la argumentación y claridad con que discute y analiza las concepciones lógicas que manejan al demolerlas. Temática que ciertamente implica una gran dificultad para leerlo y entenderlo, especialmente para todo aquel que no está familiarizado con la terminología y el simbolismo con los que se abordan estas cuestiones. Pero en el caso de los seguidores del análisis no hay excusas, sino una cerrazón que se asemeja mucho a las declaraciones de Frege y Russell cuando leyeron el manuscrito original de este texto; cada uno expresó alarmado “¡no entiendo!, ¡no entiendo!” En realidad, sí que lo entendieron, pero mintieron porque descubrieron que destruía sus doctrinas más queridas.

Al respecto uno se plantea la interrogante, de si estos personajes sabrán leer y dónde queda la objetividad científica de la que tanto alardean de tentar. Puesto que nunca han querido reconocer que los ideales y metas de Wittgenstein distan mucho de los limitados cotos y esfuerzos lógico-epistemológicos que se manejan en la tradición analítica. Circunstancias que fácilmente nos exhibe y nos llevan a percibir que aquí hay un culto idolátrico al método que utilizan. Dogma que lo hace parecer infalible a pesar de 100

años de reveses y malentendidos a la hora de tratar de integrar, a como dé lugar, al *Tractatus* dentro de los ámbitos que ellos manejan en lugar de examinar y respetar los parámetros que le son propios al texto y al autor.

Esos cerramientos no deben impedirnos reconocer que Frege y Russell son sólo una parte de los contenidos de la discusión y no el único punto de interés o reflexión de Wittgenstein ni el más importante. Ya que el *Tractatus* contiene y medita sobre otros espacios que han querido ser borrados o eliminados de sus contenidos; aunque son aquellos que presentan una mayor incidencia e importancia, pues tienen que ver con las creencias, la existencia, los valores y lo religioso. Temáticas que aborda con unas consideraciones y disquisiciones igualmente sutiles y concisas. Riqueza cultural y filosófica que se maneja y tratan dentro de sus contenidos que usualmente son esquivados y pasan a ser desatendidos por los supuestos seguidores de su pensamiento. De cualquier manera, es un texto cuyos objetivos fundamentales son, a final de cuentas, éticos porque su foco de atención son las relaciones, las metas u objetivos personales e intenciones de personas reales. Donde, por lo demás, la naturaleza y talante de su tren argumentativo y su estilo es de carácter filosófico-literario, ya que está redactado a base de aforismos que se despliegan de manera numérica. Se integran en el *Tractatus* a manera de versos que se despliegan sobre la base de siete proposicio-

nes principales, que son seguidas por otras aclaratorias y de las que sólo la última carece de tales clarificaciones, pues es la conclusión del mismo. Su estructura impresa es la presentación –Darstellung– de un poema metafísico, cuya fisionomía se inspira en el Génesis y, por lo mismo, no es una estructura lógica como usualmente se cree en la interpretación estándar.

Esta obra que se abre con la afirmación de que “El mundo es todo lo que es el caso.” (T 1), tal como lo vieran las traducciones tradicionales, entabla un tren de argumentación que termina con una aparente extrañeza porque finaliza con el silencio de la última proposición. Conclusión que los autodenominados wittgensteinianos consideran como una anomalía, pues éste –el silencio– nada tiene que ver con la lógica, con la epistemología o con la ciencia ya que, para una persona especialmente arraigada en una mentalidad racionalista, tal desenlace suena a paradoja. Por lo mismo, han creído que las últimas partes del texto son agregados carentes de relevancia y, consecuentemente, que se pueden dejar de lado sin ningún menoscabo. O, por otra parte, se podría intentar eliminarlos del texto, como finalmente se ha atrevido a hacerlo con la llamada edición del centenario. Lo cierto es que esta extrañeza no existe más que en sus prejuicios y en sus anhelos insatisfechos de convertirlo en una obra puramente lógico-epistemológica. De ahí que su primera proposición haya sido traducida cómoda-

mente al inglés como “*The world is all that is the case*”, que se corresponde exactamente con la española, pues esta es una copia de aquella. Dichas traducciones ciertamente no son por completo erradas, pero pierden de vista dos cosas importantes. Por un lado, el hecho de que el sujeto de la proposición, el *mundo* o *Welt*, no está reducido a lo puramente empírico, como lo acota y comprime la tradición analítica. Y por otro, el predicado del mismo, es decir, “*der Fall ist*”, implica no sólo un acaecer sino, por igual, el de una caída o acaecimiento, tal como lo vio la traducción de Tierno Galván: “El mundo es todo lo que acaece”, pero de inmediato perdió de vista al interpretarlo a la usanza atomista. Es decir, lo que Wittgenstein afirma en la primera proposición del *Tractatus* es que el mundo de lo humano está caído, está extraviado, está oscurecido. Y esto se debe a que los seres humanos han perdido la conciencia y cuidado de sí mismos, lo que les impide sobreponerse a los deseos y anhelos puramente mundano-materiales al estar inmersos y extraviados en una riqueza de eventos, que enmarcan la exterioridad del mundo y que les vedan poner atención a los valores que debería de sustentar para plasmar una existencia auténtica. Por lo mismo, sólo pueden liberarse de esta caída cuando frenan todos esos infinitos afanes por lo material, trascendiéndolos, es decir, cuando ponen atención a la interioridad que es lo ético. Situación que sólo podemos

realizar con la ayuda de la Divinidad, porque por sí solos esta posibilidad nos está vedada.

Al respecto, afirma Wittgenstein que el sentido del mundo y de la vida es Dios. Pero, este sentido no se revela en el mundo (cf. T 6.432) porque Dios no es un estado de cosas o un hecho del mundo material. Por lo mismo, no se nos presenta como un ente de conocimiento, sino que Él se nos revela a sí mismo como lo más valioso, como el Altísimo –*Höhere*–, es decir, como lo ético. Y desde esta perspectiva el *Tractatus* se constituye como una obra cuya finalidad es, pues, una ética del silencio, tal como lo afirma la última proposición del mismo, cuando nos asevera que “De lo que uno no puede hablar, por eso, uno debe acallarse”. (T 7), ya que lo más valioso no puede ser objeto de proposiciones éticas, porque los valores no son estados de cosas. Así, la belleza y la bondad no pueden ser definidas sino sólo expresadas a través del modo del lenguaje que es el *mostrar*, que es otra forma de hablar diferente o distinta al *decir* de lo racional, de lo informativo, del conocimiento o de lo cotidiano, es decir, el uso de un lenguaje poético-literario que se cierra sobre la existencia y la dimensión religiosa de la misma y que se expresa como el modo del *mostrar* lingüístico. A esta distinción Wittgenstein la nombra como teoría del decir-mostrar, punto medular de su pensamiento que el mundo racionalista jamás ha podido entender. Puesto que supone que el único modo correcto de hablar es el decir, lo demás

son puras supersticiones, supercherías, confusiones o extravíos lingüísticos.

Al adoptarse semejante postura se deja de reconocer la gran riqueza que posee el lenguaje y se le degrada a la unilateralidad y a la pobreza de una jerga técnica. No obstante, la palabra no está reducida a la mera información, a su uso cotidiano o a las minucias técnicas, ya que presenta una multiplicidad y variedad de modos de expresión, como los mandatos, las parábolas, metáforas, etc. Al no atender esta riqueza y sus múltiples formas de usos y prácticas, los seguidores de la interpretación estándar no entienden por qué el *Tractatus* desemboca en el silencio. Tampoco saben que esta dialéctica del lenguaje que Wittgenstein emplea no es una invención suya; Kierkegaard, por ejemplo, también la presenta como una dialéctica de la comunicación directa-indirecta, aunque en realidad tiene una raigambre y un bagaje histórico teológico-filosófico que ni siquiera imaginan.

Desconocimientos que impiden ver que el silencio –*schweigen*– del que se habla en la última proposición es ante todo un acallamiento-apaciguamiento que tiene profundas raíces religiosas, pues silenciarse no es quedarse mudo o sin palabras, sino es ante todo un escuchar al Otro. Escucha que no es otra cosa que un orar, cuando este rezar está pleno de sentido y de autenticidad y con el que se entabla una comunión con la Divinidad. Al respecto, en sus diarios de guerra Witt-

genstein aseguró que “La oración –*Gebet*– es el pensamiento –*Gedanke*– sobre el sentido de la vida” (TB 11/6/16), reconocimiento que sólo se da cuando el ser humano descubre que lo más valioso no es lo material, sino el Altísimo mismo, quien asimismo lo ayuda a develarse a sí mismo, porque el individuo por sí sólo no puede obtener este vislumbre. Entorno donde Dios, a final de cuentas, es el Silencio desde donde brota la Palabra y una vez develada, regresa al Silencio. Así, no puede haber palabra sin silencio y, por lo mismo, debe darse una congruencia entre lo que se dice, se piensa y se hace, posibilitándose el encuentro justo y responsable con el Otro, espacio que no es otra cosa más que lo ético y donde, como declara Wittgenstein “Los hombres sólo necesitan a Dios” (GTB 30/4/16), entendiendo que el sentido del que se habla aquí no es puramente lingüístico, sino existencial. Dios le da sentido a la existencia humana porque Él es la vida plena y el dador portador de la misma.

Toda esta interpretación propongo suena completamente ajena a la mentalidad positivista de los *Wittgenstein-Studien* que han dominado por muchas décadas el panorama, donde los autonombrados wittgensteinianos, al haberse dado a sí mismos una supuesta autoridad sobre cómo debe de leerse al pensador austroalemán, lo han deformado, tergiversado y manipulado, con lo muestran las diferentes etiquetas con las que han tratado de ubicarlo dentro de la tradición

en la que están inscritos. Así, se le ha visto a lo largo de las décadas como un lógico, como un empirista, como un matemático o como un positivista, en fin, como un filósofo analítico inglés. Pero todas estas etiquetas se han ido desmoronando una a una, ya que tras 100 años de exégesis se han mostrado impotentes a la hora de clarificar y explicar los contenidos del *Tractatus* y del pensamiento de Wittgenstein. Fracaso debido a que su pensamiento no comulga con el de sus exégetas. No es un filósofo analítico anglosajón, sino un crítico del lenguaje, tal como él lo dice en el *Tractatus*. Su lengua filosófica es al austroalemán y no el inglés. Por lo mismo, esta desubicación y descontextualización ha llevado a la falsificación y corrupción de su pensamiento, creándose un fantasma al que se le asigna oportunamente las teorías logicistas de Russell o de Frege cuando en realidad él las repudia y destruye.

De ahí la importancia que tiene advertir también que las actuales traducciones al inglés o al español no son cristalinas como se supone, ya que pierden de vista que la terminología que florece en el *Tractatus* y en toda la obra del pensador austriaco presenta unos matices teológicos que ni siquiera perciben. Por ello, las traducciones carecen de ese profundo tono religioso que presenta su herencia y postura. Situación que impide que se palpe o aprecie el influjo de pensadores cristianos como Kierkegaard, Dostoievsky, san Agustín, Hamann y muchos otros quienes pasan sin ser advertidos den-

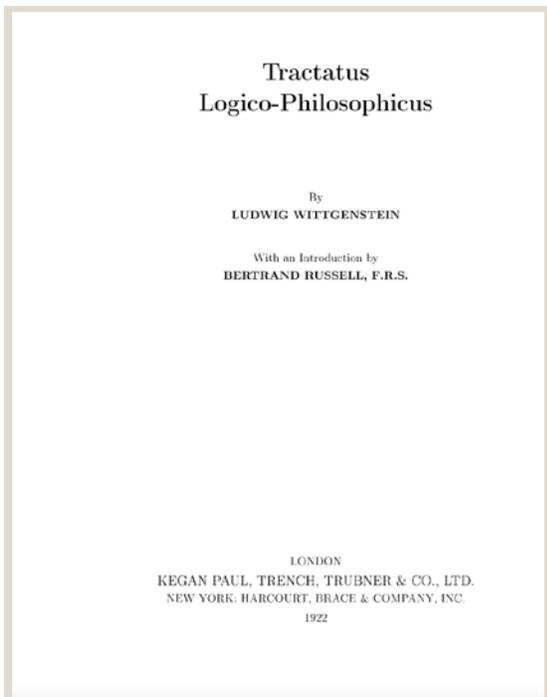
tro de la trama de los contenidos y argumentaciones que presentan las páginas de esta obra, ya que todos ellos son abordados básicamente de manera tácita y como compañeros de diálogo, especialmente el primero de ellos, pero es muy difícil apreciarlos cuando no han sido leídos por sus exégetas tradicionales. Esto ha dado paso a lecturas mochas que, a pesar de todo, se quieren imponer con una autoridad o normatividad que no poseen.

Todo este embalaje metodológico se complementa, además, con una apropiación deformadora de la herencia literaria de Wittgenstein, ya que la publicación de sus manuscritos ha estado plagada desde el comienzo por la manipulación editorial. Ejemplo de ello son sus diarios de guerra que aparecieron originalmente en 1961 y continúan apareciendo de manera cercenada, pues sólo la mitad de esos cuadernos fueron impresos. Hubo que esperar varias décadas para que salieran a la luz pública en 1985 las páginas faltantes, con el título de *Diarios secretos* y que habrían de provocar acres disputas con los albaceas originales; de hecho, aún permanecen sin integrarse con los llamados *Notebooks*. Se ha llegado al grado de tratar de prohibir su lectura porque se les quiere ver como si fueran unos textos espurios al estar fuera de la edición "oficial". Pero no son espurios ni maquinaciones sino producto de la mano y pensamiento de Wittgenstein y son necesarios para comprender rectamente su pensamiento. Es una postura intransigente de estos señores que se consi-

deran a sí mismos científicos y que desafortunadamente se repitió con las otras obras de este pensador, como por ejemplo, la llamada *Gramática filosófica* que no es más que una mezquina selección necia y burda del llamado *Big Typescript*. Pero no se detuvieron aquí, continuaron manipulando la herencia de su maestro, introduciendo cortes y cercenamientos en los demás documentos y manuscritos que fueron imprimiéndose en las décadas de los años cincuenta y posteriores para ahora desembocar en una edición centenaria del *Tractatus* que ha sido mutilada torpe y ridículamente bajo unos criterios pseudofilológicos. Carecían de los más elementales procedimientos editoriales y científicos y que por más excusas que presenten se vienen abajo por el simple hecho de que Wittgenstein presentó este texto a posibles editores tal como fue publicado finalmente por Russell en la editorial Routledge and Kegan Paul en 1922, con el título *Logisch-philosophische Abhandlung*. Ahora, estos necios se dan el lujo de presentar unos malabarismos editoriales carentes de la más mínima honradez y responsabilidad ética con una edición totalmente rasurada de sus contenidos originales, pues siguen sin entender una línea del mismo.

En conclusión, con esta breve panorámica podemos decir que el objetivo fundamental de Wittgenstein es una ética del silencio o el mostrar y no una propuesta puramente lógico-epistemológica como han deseado estipular contra viento y marea los seguidores del análisis. Sus metas no

son las de un racionalista que olvida la existencia en aras de la pura abstracción o teorización, sino que su interés central está dirigido y guiado hacia la búsqueda del sentido auténtico de la existencia personal que él encuentra en lo religioso. Tal como se lo señaló a Drury, uno de sus discípulos y amigo, cuando le aseguró que su pensamiento no podía entenderse sin esa dimensión de lo religioso. Así, para evitar el desaguisado de verlo y pensarlo como si fuera un positivista o un teórico de la razón pura, hay que analizarlo desde su propio carril de argumentación y sus contextos filosófico-culturales y religiosos. Hay que leerlo consecuentemente, desde la perspectiva y matices de un crítico del lenguaje.



Bibliografía

Wittgenstein, Ludwig, *Tractatus Logico-philosophicus* (ed. Luciano Bazzocchi). Londres, Anthem Press, 2021.

_____, *Werkausgabe in 8 Bänden*. Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1985.

_____, *Geheime Tagebücher. Diarios Secretos*. Madrid, Alianza, 1991.

